

Europa, marginada en el problema bosnio

Philippe Marcovici

Durante dos años, los Doce han asumido, casi solos, la carga internacional del conflicto bosnio, con la acumulación de errores y de faltas ya conocida. El resultado es la continuación encarnizada de los combates. Sin embargo, los mediadores de la Unión Europea y de las Naciones Unidas, lord David Owen y Thorvald Stoltenberg, lograron hacer aceptar a los tres beligerantes, el 30 de julio de 1993, un “acuerdo constitucional” sobre una Unión de Repúblicas de Bosnia-Herzegovina. Este acuerdo, firmado en Ginebra, sellaba en realidad la partición del país en tres entidades étnicas distintas, cada una de ellas con vocación de independencia. Ratificaba, pues, más allá de las complejidades del documento, la situación militar sobre el terreno: la victoria serbia. Este compromiso, apadrinado de principio a fin por los europeos, vino a quebrar el sueño tanto tiempo pregonado por los Doce: el de una Bosnia unificada y pluriétnica. Como dice, aún hoy, un diplomático francés de alto rango: “Creíamos y seguimos creyendo que un compromiso malo es mejor que una guerra buena”.

Desde julio de 1993, Europa ha querido atenerse al plan Owen-Stoltenberg, porque, según se decía, tanto en Londres como en París, no había solución de recambio. Esto, sin contar con los norteamericanos, que, aunque en todo momento se negaron a intervenir en el conflicto, no dejaron de mantener una importante capacidad de bloqueo y de iniciativa.

A lo largo de toda la primavera y verano de 1993, Washington multiplicó sus tentativas de implicar a la OTAN en ataques aéreos contra los serbios de Bosnia, especialmente sobre Sarajevo. Francia, Gran Bretaña y Grecia se opusieron. Las dos primeras porque temían represalias serbias contra sus cascos azules, que son los más numerosos sobre el terreno; la última, porque su querella con Macedonia la acerca todavía más a Serbia.

Al verse apoyado por los norteamericanos, el presidente bosnio, Alija Izetbegovic, prolongó las negociaciones de Ginebra, a pesar de ciertas concesiones serbias. Había aceptado el plan Owen-Stoltenberg y, por lo tanto, la partición; pero, en adelante, se resistió, pensando que Estados

Philippe Marcovici es redactor jefe de Le Quotidien de París, licenciado en Derecho Público por la Sorbona y especialista en la evolución de los Balcanes.

Unidos iría en su auxilio o, al menos, le entregaría armas que le permitieran recuperar. Mientras tanto, la Unión Europea se aferraba a “su” plan de paz. El secretario de Estado norteamericano, Warren Christopher, fue a París en enero de 1994. Allí le dijeron que Washington debería presionar a los musulmanes para que aceptaran, por fin, concluir las negociaciones. La respuesta indignada del Departamento de Estado fue: “Presionar a la parte perjudicada pone en evidencia un cálculo moral muy extraño”. Vivamente molesto, el Quai d’Orsay respondió con aspereza que “si nos colocamos en el terreno de la moral, entonces la elección está entre contentarse con observar los combates o intentarlo todo para ponerles fin”. Hasta entonces, los franceses jamás habían reprochado a sus aliados norteamericanos, públicamente y con tanto vigor, su obstinada negativa a enviar tropas de tierra a Bosnia. En París se recordaba, no sin amargura, que al comienzo de ese mes de enero, durante la cumbre de la OTAN en Bruselas, Washington ni siquiera había querido que se inscribiera la cuestión bosnia en el orden del día. Fue necesaria toda la insistencia de Francia para que los norteamericanos se dignaran aceptar hablar de la crisis.

En este clima confuso e inseguro, que subrayaba las divisiones entre los aliados occidentales, tuvo lugar un acontecimiento destinado a cambiar de arriba abajo los datos políticos y militares del problema bosnio. El 5 de febrero, una granada todavía no identificada oficialmente cayó sobre el mercado de Markale, en Sarajevo, causando sesenta y ocho víctimas inocentes. La indignación internacional llegó al máximo. Esta era la gota que desbordaba el vaso, y todo el mundo sintió que había que hacer algo para poner fin a la carnicería bosnia.

El ultimátum de la OTAN

En París, donde, durante mucho tiempo, se ha tenido cierto aprecio por los serbios –recuerdos de la Historia– el viento pareció variar de dirección con el cambio de mayoría sobrevenido en marzo de 1993. Se endureció palpablemente el tono con respecto a Belgrado y, sobre todo, con respecto a Palé, la capital de los serbios de Bosnia. Cuarenta y ocho horas después de la matanza de Sarajevo, el 7 de febrero, se reunió un consejo ordinario de los ministros de Asuntos Exteriores de los Doce. Alain Juppé, el jefe de la diplomacia francesa, solicitó a sus colegas que lanzaran un ultimátum a los serbios de Bosnia; petición un tanto imprudente. El ministro sabía que la Unión Europea no posee medios militares para poner en práctica semejante amenaza y que, sin duda, tampoco tiene voluntad política.

Desde comienzos de año, Grecia era quien ejercía la presidencia rotatoria de la Unión Europea. Naturalmente, se opuso a la petición francesa, por las razones ya conocidas, que esencialmente se refieren a la situación en Macedonia. Gran Bretaña, por su parte, adelantó serias reservas por el temor a represalias sobre los cascos azules. Otros Estados miembros no ocultaron que desearían que fuera la OTAN, y no Europa, quien asumiera la responsabilidad de un ultimátum. Pues bien, dos días después, debía reu-

nirse en Bruselas un consejo ordinario de la OTAN, con los representantes permanentes de los dieciséis países de la Alianza. Los Doce, pues, se dividieron proclamando su indignación ante los acontecimientos de Sarajevo, pero dejando a la OTAN la tarea de decidir un eventual recurso a la fuerza en Bosnia. Al salir de Bruselas, Alain Juppé confió a uno de sus allegados que acababa de “vivir un día terrible”. Europa, una vez más, dejaba pasar una oportunidad.

A pesar de su fracaso en el Consejo de Ministros europeo, París no dio marcha atrás. La diplomacia francesa, particularmente activa en aquellos momentos dramáticos, intentó precipitar la reunión de los embajadores de la OTAN y elevar el nivel del encuentro al de ministros de Asuntos Exteriores. Trabajo inútil.

París dio entonces un gran golpe, quizá sin calcular inmediatamente todas las consecuencias. “Si la Alianza no es capaz de tomar una decisión –declaró Alain Juppé– nos plantearemos la pregunta de si podemos continuar exponiendo inútilmente a nuestros soldados”. La intención era transparente: Francia amenazaba con retirar sus cascos azules que son, dentro de UNPROFOR, los más numerosos y los más expuestos. La amenaza, si se llevase a cabo, podía tener un efecto de bola de nieve, porque, desde hacía varios meses, los europeos presentes sobre el terreno –en particular los británicos– se preguntaban sobre el mantenimiento de sus tropas. Si se retiraban, Bosnia quedaría entregada a sí misma, los combates continuarían sin freno e, incluso, dejaría de suministrarse la ayuda humanitaria.

Reunido finalmente en Bruselas, el 9 de febrero, el Consejo de la OTAN comprendió que la situación no tenía salida. El día anterior, François Mitterrand habló detenidamente por teléfono con Bill Clinton para convencerle de que actuara y olvidara las discrepancias pasadas y los análisis contradictorios. El presidente estadounidense, presionado, bien es cierto, por la opinión pública, la prensa y el Senado de su país, comprendió el mensaje: decidió hacer frente común con Francia. La OTAN, con excepción de Grecia, que se negó a firmar el comunicado común, podía lanzar su ultimátum.

La iniciativa fue francesa. Quizá. Pero sin el aval de Washington, no habría llegado a buen término. Fue el compromiso de la Casa Blanca lo que permitió desbloquear la situación; sin él, la OTAN, con toda seguridad, se habría dividido sin tomar decisión alguna. Ahora, como potencia dominante en el seno de la Alianza, era Estados Unidos quien distribuía el juego. Al recurrir a la organización atlántica tras la negativa europea, el ministro de Asuntos Exteriores francés quizá no previó estas repercusiones que, como bien pronto se vería, iban a hacer perder a los europeos la gestión de la crisis bosnia, en beneficio de Estados Unidos y de Rusia.

Inmediatamente después del ultimátum lanzado por la OTAN, la diplomacia rusa no reparó en medios para evitar lo peor a sus amigos serbios, a los que le unen vínculos históricos: la ortodoxia y el paneslavismo. Los rusos protestaron violentamente contra las medidas de represalia adoptadas por la OTAN, llegando hasta blandir, implícita pero claramente, el fantas-

ma de un conflicto mundial. Pero, al mismo tiempo, ofrecían su mediación para obtener de los serbios de Bosnia que se plegaran a las condiciones del ultimátum y retiraran sus armas pesadas de las cercanías de Sarajevo. Moscú incluso envió un batallón a las cercanías de la capital bosnia. No se sabía muy bien si estas tropas iban a controlar el cese el fuego o a servir de escudo a los serbios contra los aviones de la OTAN. Pero allí estaban y era una gran primicia: rusos con los cascos azules de las Naciones Unidas.

En Washington no se ocultó un evidente alivio. Si la mediación rusa podía permitir que se ahorraran las incursiones aéreas, sería bienvenida. Y eso fue, en efecto, lo que ocurrió. El enviado extraordinario de Boris Yeltsin para la antigua Yugoslavia, Vitali Churkin, y el ministro de Asuntos Exteriores ruso, Andréi Kozirev, se desplazaron varias veces a Palé y a Belgrado. Consiguieron convencer a los serbios de Bosnia para que retiraran cañones y morteros fuera de tiro sobre Sarajevo o los colocaran bajo el control de UNPROFOR.

La alerta roja había pasado. En Moscú saboreaban esta ruidosa reentrada diplomática que daba a Rusia un prestigio olvidado. Unas semanas más tarde, en Gorazde, los rusos iban a comprender que la realidad era más compleja aún de lo que se habían imaginado.

Mientras tanto, en busca de nuevos éxitos desde la retirada serbia, Washington y Moscú decidieron no conformarse con eso. Calculaban que había llegado el momento de volver a poner en marcha el proceso de paz y se dedicaron a él. El primero de marzo se firmó en Washington un acuerdo entre croatas y musulmanes, preludio de una federación entre ambas partes en Bosnia. Bajo la égida de las dos superpotencias, la paz emprendía, de repente, un camino muy diferente del penosamente trazado por los mediadores de la Unión Europea y de las Naciones Unidas.

El plan Owen-Stoltenberg se difuminaba. Algunos no dudaron en afirmar que estaba ya anticuado. Por otra parte, ese mismo primero de marzo, el jefe de los serbios de Bosnia, Radovan Karadzic, que se hallaba de visita en Moscú, prometió a los rusos la reapertura del aeropuerto de Tuzla, enclave musulmán asediado por los serbios. Desde hacía semanas, los europeos intentaban en vano obtener esa reapertura, amenazando, incluso, con recurrir a la fuerza, sin lograr impresionar a los serbios. Y en aquello en que los europeos habían fracasado, los rusos tuvieron éxito en pocas horas: los aviones de UNPROFOR podían aterrizar en Tuzla. ¿Se quiere una prueba mejor de la eficacia del tándem ruso-norteamericano?

En París no se ocultaba una indiscutible irritación ante estas grandes maniobras diplomáticas que atestiguaban, de modo evidente, que los europeos quedaban relegados a un lado. Criticando implícitamente el acuerdo croata-musulmán de Washington, el jefe de la diplomacia francesa comentó con acritud: “¿Qué se les dice a los serbios? (...) No se puede resolver entre dos un problema que se plantea entre tres”. Y añadió, apuntando a Washington y a Moscú: “Es preciso volver a introducir coherencia en esto que hoy parece una especie de proliferación diplomática”.

Como se ve, los europeos comenzaban a alterarse al sentirse relegados, como dice un diplomático francés, “al simple papel de observadores”.

Y cuando, en Ginebra, el mediador de los Doce, lord Owen, exhortó a Europa a no sentirse “frustrada” ni “echada a un lado”, todos comprendieron que sólo intentaba aliviar el orgullo herido y que la “frustración” de los europeos era muy cierta. Decididamente, la onda expansiva de la granada del 5 de febrero hacía sentir sus efectos mucho más allá de las murallas de Sarajevo.

Pero no importaban las decepciones de unos o de otros. Lo esencial era que, por primera vez, en Bosnia brillaba un resplandor de esperanza. Lamentablemente, se extinguió muy pronto.

La política rusa

Todo el mundo, incluidos los propios rusos, había exagerado sin duda la influencia de Moscú sobre sus protegidos serbios. Así, apenas había enmudecido el eco de los cañones en Sarajevo, cuando los batallones del general Mladic, jefe del Estado Mayor de los serbios de Bosnia, lanzaron una amplia ofensiva contra Gorazde, enclave musulmán en Bosnia oriental, una de las seis zonas protegidas desde la resolución de las Naciones Unidas de 7 de mayo de 1993. Rápidamente, las defensas bosnias, atacadas el 27 de marzo, se vieron neutralizadas por el asalto serbio, y se previó que iban a tomar la ciudad. En el simbolismo de la opinión pública, Gorazde sustituyó a Sarajevo.

Sucesivamente, todas las tentativas para conseguir un cese el fuego fracasan ante la obstinación serbia. Tanto es así, que los días 10 y 11 de abril, aparatos de la OTAN lanzaron dos ataques aéreos contra las posiciones serbias, bajo el pretexto de prestar ayuda a los cascos azules, cuando en aquel momento no había en la ciudad asediada más que un puñado ínfimo de observadores de las Naciones Unidas. Dos ataques demasiado tímidos y, sobre todo, demasiado limitados para impresionar a nadie, y menos a los serbios. Dos ataques que costaron caro, porque un aparato francés resultó gravemente dañado y otro británico fue derribado. Como la OTAN dudaba abiertamente de comprometerse más a fondo, Rusia decidió aprovechar su superioridad y arrancar a sus protegidos un cese el fuego que los gobiernos y la opinión pública, unánimemente, exigían a voz en grito.

El 16 y el 17 de abril, el emisario de Boris Yeltsin, el viceministro de Asuntos Exteriores, Vitali Churkin, se hallaba en Palé junto con el enviado especial del secretario general de la ONU, el japonés Akashi, y los jefes militares de UNPROFOR, frente a los dirigentes de los serbios de Bosnia. Estos últimos prometieron a los rusos detener los combates en Gorazde. No cumplieron su palabra. Por el contrario, la ciudad fue martilleada a cañonazos cada vez más. Humillado por haber sido engañado, Vitali Churkin explotó literalmente de cólera: anunció que se había hecho imposible para los rusos continuar las discusiones con aquellos a los que no dudó en calificar de “locos de la guerra”, y volvió a Moscú. El ministro de Asuntos Exteriores ruso, Andréi Kozirev, no desmintió a su colaborador, pero tuvo

cuidado de adoptar un tono menos conminatorio y más moderado. Al día siguiente, 19 de abril, Boris Yeltsin “requirió” a los serbios que abandonasen Gorazde y renovó la propuesta rusa de una gran conferencia internacional en la que se reunirían responsables de la Unión Europea, Naciones Unidas, Estados Unidos y Rusia. Se advirtió inmediatamente que la declaración de Yeltsin era mucho más pacífica que las primeras reacciones rusas y se llegó a saber que el texto presidencial, leído por televisión, fue objeto de un vivo debate en el seno de la dirección rusa.

El margen que le queda a Moscú es, en efecto, muy reducido. Si Rusia no puede aceptar verse ridiculizada, aunque sólo fuera por sus aliados, ni pasar por una “república bananera” a los ojos de la comunidad internacional, para utilizar la misma expresión de Vitali Churkin, tampoco puede abandonar a los serbios a su destino.

Las elecciones de diciembre han hecho de un presidente ya frágil, Boris Yeltsin, un jefe de Estado minoritario y peligrosamente amenazado por una coalición heteróclita formada por nostálgicos del comunismo y ultranacionalistas. Entre estos últimos, con la fuerza del 24 por cien de los sufragios recogidos en las urnas, surge el principal rival de Boris Yeltsin: Vladimir Zhirinovski. Populista, demagogo, brutal, trabaja sobre la fibra patriótica, tan firme en el pueblo ruso. Ello le es tanto más fácil cuanto que sus compatriotas, decepcionados por la aventura democrática, están hoy desengañados y desorientados. Zhirinovski está seguro de ganar puntos acusando a Yeltsin de someterse a la ley occidental a cambio de unos puñados de dólares de la ayuda económica. Este es un argumento que da en el blanco en Rusia. Para oponerse a estas acusaciones, pero también, a decir verdad, porque a él le repugna dejar que la Alianza Atlántica se instale ante las fronteras de Rusia, el presidente ha opuesto su veto al ingreso de los antiguos satélites de la URSS en la OTAN, obligando a ésta al compromiso un poco retorcido de la “Asociación para la Paz”: una cooperación sin ingreso. Al mismo tiempo, Yeltsin no podía dejar que la OTAN arreglase por sí sola y por la fuerza la cuestión bosnia. Ni Zhirinovski ni los militares lo habrían aceptado.

El presidente tiene una deuda con sus generales: son ellos los que, durante el golpe de octubre de 1993, hicieron inclinar la balanza en su favor tomando partido contra los insurrectos de Rutskoi y de Jasbulatov, parapetados en el Parlamento. El presidente no ignora que estos militares, procedentes todos del Ejército Rojo, son resueltamente paneslavos y apoyan en su inmensa mayoría la lucha de los serbios. Ante la situación que existe, y mientras, semana tras semana, los rumores de un nuevo golpe hacen que Moscú se estremezca, Yeltsin no puede permitirse decepcionar a los militares y aún menos enajenarlos.

Por otra parte, desde hace dos años, se multiplican los fracasos del presidente en el interior, tanto en el ámbito de la economía como en el de la política. Para dar nuevo brillo a unos blasones bastante deslustrados y hacer callar, dentro de lo posible, a los críticos de la oposición, intenta tener éxitos en el exterior. Tentado por la baza, siempre de actualidad, de la vocación imperial de Rusia, Yeltsin se muestra muy activo en la escena

internacional. Así ocurre en Oriente Próximo, donde su emisario, Igor Ivanov, se ha reunido sucesivamente con todos los protagonistas del conflicto y perturba el juego norteamericano proponiendo una nueva Conferencia de Madrid donde los rusos fueron unos efímeros copadrinos. Así ocurre, igualmente, en las repúblicas de la antigua Unión Soviética, desgarradas hoy por guerras intestinas y en las que Moscú, paulatinamente, se va imponiendo como gendarme internacional. Lo mismo en Armenia, que en Georgia, en Moldavia, que en Tayikistán...

Por todas estas razones, es evidente que Rusia no podía quedarse al margen de una resolución del conflicto bosnio, pero que, al mismo tiempo, sus dirigentes se ven obligados a la prudencia más extremada. En Washington se ha comprendido muy bien. Por esa razón, tras el estallido de Vitali Churkin y en lo más intenso de la crisis de Gorazde, fueron los propios norteamericanos quienes pidieron a los rusos que no rompieran su relación con los serbios de Bosnia y prosiguieran el diálogo. En Estados Unidos, donde Bill Clinton, desde su elección, ha cambiado de política sobre Bosnia cada semana, pasando del intervencionismo a la indiferencia al compás de los acontecimientos, se apuesta hoy por Rusia. Clinton aceptó en Moscú lo que había rechazado en París: una conferencia internacional en la que las dos superpotencias esperan imponer un plan de solución a los tres beligerantes bosnios.

Esa es la razón, sin duda, de que la OTAN haya demostrado una moderación evidente en la crisis de Gorazde, esperando al último instante para lanzar su ultimátum y guardándose mucho de ponerlo en ejecución, es decir, de enviar sus bombarderos, al mismo tiempo que los serbios daban prueba de una evidente mala voluntad, no plegándose más que de mala gana a las condiciones de la Alianza. Es verdad que Moscú ha admitido oficialmente que el ultimátum constituía una "respuesta adecuada" al brutal asalto del enclave musulmán. Pero, al mismo tiempo, el Kremlin hacía relucir ante los occidentales la perspectiva de una solución pacífica del conflicto y decía claramente que, por "adecuado" que fuera, el recurso a la fuerza seguía siendo la peor de las soluciones. La Alianza quiso, pues, hasta el último momento, evitar lanzar sus aviones en torno a Gorazde, para no poner en un compromiso a Yeltsin.

Rusia aprovechó la tregua que así se le concedía para proponer, el 25 de abril, un plan de paz global para Bosnia-Herzegovina. Un plan detallado, en cuatro etapas, en el que se asocia estrechamente a las Naciones Unidas al proceso de resolución y recuerda de forma insistente que las medidas militares no deben sustituir en ningún caso a la negociación. El mismo día, Moscú anunciaba la creación de un "grupo de contactos conjuntos entre Rusia, Estados Unidos, Europa y la ONU". El Kremlin acababa de apuntarse un nuevo tanto: se presentaba no sólo como intermediario obligado, sino como organizador de un nuevo proceso de paz. En Washington, Madeleine Albright, embajadora de Estados Unidos en la ONU, hacía saber que, para su país, el objetivo esencial del ultimátum lanzado a los serbios de Bosnia por la OTAN "no era recurrir a los ataques aéreos, sino hacerles venir (a los serbios) a la mesa de negociaciones".

Al dar su aval a la solución rusa, Estados Unidos mostraba claramente que la tragedia de Gorazde, por mucho que se haya podido pensar lo contrario, no afectaba en nada al diálogo ruso-norteamericano sobre Bosnia y que, en consecuencia, aceptaba entablar la negociación sobre la base del nuevo plan ruso.

En la primavera de 1994, Washington y Moscú aparecen, pues, claramente como los verdaderos maestros del juego diplomático. Han hecho irrupción sobre el escenario yugoslavo, precisamente cuando no se les esperaba ya. Pero es necesario comprender que, cualesquiera que hayan sido los motivos de las dos mayores potencias mundiales, no habrían tenido éxito si la Unión Europea no les hubiera dado la oportunidad.

La impotencia europea

La naturaleza tiene horror al vacío. La guerra también. En marzo, el conflicto bosnio entraba en su tercer año. Los europeos, que no supieron evitarlo cuando todavía estaban a tiempo, se han revelado incapaces de encontrarle una salida política, es decir, negociada. Sus incoherencias y sus contradicciones lo han impedido. Escindida por sus intereses nacionales, contradictorios con excesiva frecuencia, la Unión Europea no ha mantenido las utópicas promesas de Maastricht. Ni mucho menos. No hay más que contemplar el espectáculo que ofrece una Comunidad obligada a llevar ante la justicia a su presidente en ejercicio, Grecia, que, al imponer el bloqueo a Macedonia, ha violado sin escrúpulos las normas del mismo Tratado de Maastricht. Lo menos que se puede decir es que el ejemplo no resulta enaltecedor.

Dividida en lo político, Europa ha demostrado que es impotente en lo militar, a pesar de la valentía y la abnegación de sus cascos azules. La Unión Europea Occidental (UEO), única organización europea en materia de defensa, no es aún más que un foro de discusiones, pero no una organización capaz de llevar a cabo operaciones de combate. En cuanto al cuerpo de ejército franco-alemán, a pesar de la tímida participación de los belgas y españoles, sigue siendo una ilusión. ¿Qué se podría esperar, por otra parte, de este cuerpo cuando Alemania se niega a intervenir allí donde el III Reich hizo estragos, es decir en toda Europa y particularmente en Yugoslavia? Por otra parte, su Constitución prohíbe a los propios alemanes actuar fuera de la zona de la OTAN, lo cual es precisamente el caso de Bosnia. Sin embargo, habrá que creer que no es éste el caso de Somalia, porque la Bundeswehr (ejército alemán) aceptó enviar a esta tierra africana el batallón que denegó a Sarajevo...

No se impone la paz cuando no se puede, o no se quiere, correr el riesgo de hacer la guerra. Ante esta evidencia, Europa no ha podido hacer otra cosa que traspasar el asunto a la OTAN, es decir, a los norteamericanos. A partir de ese momento, la implicación de los rusos era ineludible. En esta nueva lógica, los Doce no tienen plaza, si no es en un transportín: todo el mundo lo ha comprendido. Los europeos, en primer lugar, por mucho que les duela. Los rusos y los norteamericanos, después, son quienes

sacarán provecho de la inexistencia de una verdadera potencia europea.

Al cabo de dos años de guerra en Bosnia, la Unión Europea no ha podido más que aprobar un plan de partición del país, incluso aunque siempre se haya mostrado hostil al propio principio de esta división. Ese plan, además, se le ha ido de las manos, en beneficio de otras iniciativas de las que se ignora aún adonde llevarán. Cortésmente, Estados Unidos invitó a lord Owen y a Thorvald Stoltenberg a Washington, a las ceremonias del acuerdo sobre una federación entre croatas y musulmanes. La ceremonia era también la del entierro del plan de paz apadrinado por los europeos. También cortésmente, los rusos han invitado a Europa a la gran conferencia internacional que han conseguido imponer a Estados Unidos. En esa conferencia ya no se tratará del plan Owen-Stoltenberg, salvo como recuerdo.

La historia rara vez se repite. Sin embargo, no hay por qué excluir que rusos y norteamericanos, a su vez, se quemen los dedos en el brasero bosnio. Si así fuera, se puede estar seguro de que ellos no esperarían dos años para deshacerse de la carpeta bosnia y devolverla a los europeos. Porque, evidentemente, Washington y Moscú no esperan ir más allá de la acción diplomática, y se sabe que, por razones muy diferentes pero convergentes, tanto el uno como el otro se negarán a hacer la guerra para parar la guerra. Mientras tanto, Europa y sus cascos azules siguen sosteniendo el tan pesado fardo bosnio.